



AREA 3. CUADERNOS DE TEMAS GRUPALES E INSTITUCIONALES

(ISSN 1886-6530)

www.area3.org.es

Nº 4 – Invierno 1996-97

Desde el País Vasco

Fito Rodríguez Bornaetxea ⁽¹⁾

Parece que el Presidente del Gobierno de Navarra se siente dolido porque una guía turística, que por cierto había gozado en su día del beneplácito y los votos de su partido (UPN), al reeditarse haya incluido conjuntamente bajo el epígrafe de País Vasco (Euskal Herria) a las Vascongadas y Navarra. Es curioso, además, que esto ocurra días después de la también dolida crítica publicada sobre ello en ABC pero, en fin, estas líneas no pretenden encontrar una relación de causa efecto en esa coincidencia sino, partiendo de la aportación realizada por un navarro bajo el epígrafe de “Desde Euskadi”, relanzar como tema de reflexión el País Vasco como concepto político-cultural y las, a menudo, enconadas representaciones sociales que en torno a esa designación suelen surgir.

Sabido es que la palabra Euskadi es una aportación terminológica de Sabino Arana que actualmente se utiliza jurídico-políticamente para nombrar a la Comunidad Autónoma Vasca en el Estado Español. El término Euskal Herria (País Vasco), sin embargo, se ha utilizado históricamente en un sentido cultural (“el pueblo del euskera”) y, actualmente, también con un marcado carácter de reivindicación política (“los siete territorios que, actualmente divididos en dos Estados, componen la nación vasca”). El que quiera aproximarse más profundamente a estas denominaciones puede consultar, por ejemplo, el “Terminología Científico-Social” de editorial Antrophos (Anexo).

Es lógico que en aquellas personas de poca cultura y/o con una visión política muy reducida, al oír mentar a Euskal Herria (País Vasco) se abra la caja de los truenos presta a explosionar por la presión de unas representaciones sociales arquetípicas en las que el País Vasco ha sido construido como ladino “enemigo” acechante a batir. Sin embargo, difícilmente podríamos explicar, por ejemplo, a los vecinos de Biarritz o de S. Jean de Luz, que no viven en le Pays Basque, o a los de S. Jean Pied de Port que no son navarros... De hecho, a partir tanto de la invasión castellana de Navarra en el siglo XVI como de su incorporación a la corona

¹ *Fito Rodríguez Bornaetxea. Universidad del País Vasco.*

francesa en el mismo siglo, ambas monarquías se titularán “Reyes de Navarra” respectivamente hasta el XIX en el caso español y en el XVIII, en el francés. En ambos casos, sin embargo, los reyes lo eran más de otras colonias y conquistas que de este Reino vasco-navarro que mantuvo hasta esas fechas, a los dos lados de los Pirineos, sus estructuras y leyes propias.

Una representación social muy extendida: el arquetipo del enemigo

Dice Eliseo Verón, semiólogo y analista social, que “sin enemigo no hay discurso político”. Es por eso que cuando se quiere hacer política el primer paso es construir al enemigo, y en estas circunstancias encontramos las arquetípicas descripciones que de los vascongados, vizcaínos y/o navarros se hacen tanto en la literatura francesa como en la española. Desde Aymeric Picaud, pasando por el cronista Fredegario, San Gregorio de Tours, la Celestina, Lope de Vega, Calderón, Cervantes, el padre Mariana, etc... la figura que se nos representa es la del vasco torpe, salvaje, asimilable al extranjero y enemigo. En la época medieval del Camino de Santiago serán considerados peligrosos bárbaros, posteriormente un libro del XVII, “Castellanos y vascongados”, resumirá todas estas imágenes sociales asimilando el origen de los vascos al de los judíos. Más tarde, en la España del XVIII, se les asimilará a los franceses,... el 14 de diciembre de 1936, en plena guerra civil, el Diario Vasco de San Sebastián publicaba refiriéndose al legalmente elegido presidente Aguirre: “Deseamos que viva y que, encerrado en una jaula, sea exhibido por las ciudades de la España imperial como un bicho raro con un letrerito que diga: el primer y único presidente meteoro de la ex república ruso-masónica-anarco-sindicalista-sabiniano de Bizkaia” (sic).

En realidad es lo mismo calificar de bárbaro, judío, afrancesado, ruso, masón, anarco, sindicalista o sabiniano, todo depende del término más adecuado en cada época para designar al presunto enemigo. Un excelente trabajo de análisis textual en este sentido ha sido realizado por J. Azurmendi en su libro “Españolak eta Euskaldunak” del que existe una muy buena traducción castellana en editorial Hiru (“Los españoles y los euskaldunes”, 1996).

Euskal Herria: La tierra del Vascuence

Parece evidente que es ésta la denominación tanto etimológica como original del País Vasco. El nada sospechoso Roger Collins así lo recoge en su obra más conocida: “Si la historia tiene alguna lección que darnos, es sin duda que el mantenimiento de la entidad vasca se debe más a la independencia lingüística que a la política” (“Los vascos”. Alianza De. Madrid, 1989).

Sin embargo, incluso esa evidencia puede ser puesta en cuestión si de lo que se trata es borrar toda posible razón de diferencia. Las palabras del ilustrado J. Traggio pueden ilustrar este intento del que, también, podría hacerse un largo catálogo: “El vascuence es un mosaico de lenguas bárbaras, introducido probablemente a mediados del siglo XVIII por los vascongados para figurar total independencia del extranjero”; o sea, un timo inventado para

confundir al enemigo... No dejaría de ser gracioso si tamaños desatinos no se repitiesen sin cesar hasta la actualidad (si el lector conoce el catalán puede consultar a este respecto las páginas 103 a 107 de mi artículo en: "La política lingüística a L'estat espanyol" - IV jornades de Sociolingüística. Alcoi. 1995).

El objetivo, en todo caso, siempre es el mismo: negar la alteridad colectiva. Es decir, negar la diferencia, ocultar sus razones y evitar las posibles disidencias.

El estudioso de estos temas sociales Anthony D. Smith distingue con respecto a la génesis de los nacionalismos entre la concepción cívica y la concepción étnica ("Tres conceptos de nación". Rev. de Occidente. 161. vol. 1994. págs. 7-22). La primera se construye privilegiando públicamente una determinada lengua y cultura frente a las demás para que, así mismo, actúe como aglutinante social consiguiente ("las etnias minoritarias; escoceses y galeses, catalanes y vascos, miran todavía los nacionalismos civiles británico y español como si tuviesen un carácter predominantemente inglés y castellano y favoreciesen unas culturas públicas inglesa y castellana que invaden las culturas étnicas de las minorías y de las naciones sin Estado". op. cit. pág. 10). La segunda (la étnica), por su parte, suele subrayar los caracteres tradicionales que constituyen su diferencia ("la nación constituye una familia de familias... el nacionalismo étnico es interclasista y populista"... Ibidem pág. 11).

Partiendo de estas premisas, el antropólogo americano William A. Douglass ("Críticas de las últimas tendencias en el análisis del nacionalismo", en "Migración. Etnicidad y Etnonacionalismo". Publicaciones de la Universidad del País Vasco, 1994) han reunido las características básicas que suelen encontrarse en la definición de las diferencias colectivas (el mito del origen, de la liberación, de la procedencia, de la edad heroica, del declive comunal y del renacimiento) y las ha aplicado al nacionalismo vasco concluyendo que, por una parte, ha existido una "compenetración entre el nacionalismo vasco y una tradición antropológica autónoma" (pág. 93) y, por otra, que "hay una orientación futurística en las pretensiones políticas de los nacionalistas" (ibidem.), es decir, que con mitos o sin ellos, Euskal Herria (el País Vasco) es un ejemplo claro de comunidad nacionalista que se presenta como reivindicativa y/o alternativa frente a los "privilegios" de una "civilización" exterior.

Nacionalismo y postmodernidad

La profesora Montserrat Guibernau al tratar este tema ("Autocrítica de la modernidad", seminario de la UIMP. Valencia, 4-6 de julio de 1994) plantea que la progresiva desaparición de ideologías sociales aglutinadoras ha hecho renacer el nacionalismo como compactador social. Sin embargo, a mi parecer, una lectura actual en esta línea nos debe situar en dos coordenadas. Por una parte, en revisar los arquetipos y descalificaciones derivados de un acercamiento en el que "el otro" es inefablemente el enemigo. Para ello, deben ser "superados" algunos pre-juicios; por ejemplo: "la reivindicación nacionalista de un Estado está superada históricamente, "el nacionalismo es algo inventado y sin base material"... "es intrínsecamente violento y discriminador"... etc.

Por otra, es necesario reconocer los elementos de pragmática social que definen y distinguen a los nacionalismos actuales con respecto a los nacionalismos cívicos o de la modernidad: el papel de la soberanía popular, la importancia de los movimientos sociales, el papel de la lengua, la cultura y la actualización de la tradición, los procesos de negociación política como solución de conflictos,... etc.

Abundante bibliografía sobre una Teoría del Poder que nos lleva de M. Foucault a A. Giddens y la actualidad de múltiples referencias políticas contemporáneas (sólo en Europa, en los últimos seis años han surgido 16 nuevos Estados) nos permiten hoy poder abordar el tema.

Si somos capaces de hacerlo sin ver en el otro a un enemigo, por encima de ridículos y manifiestas inculturas nos comprenderemos mucho mejor. Eso, por lo menos, pienso yo. Desde Euskal Herria.